

briedad el coloquio entre padre e hijo. (fig. 6) Como si se tratase de un mero intercambio de ideas, una plática cotidiana en la vivienda nazarena, Cristo se dirige a un San José alicaído, evidenciado en el liviano arqueamiento de las cejas; pero para nada hay desesperación, miedo o un halo de pesadumbre, todo lo contrario, en las palabras intercambiadas traducidas en movimientos de manos, vemos a éstas interpretar delicadamente el sentimiento de los textos barrocos, donde los interlocutores entablan conversación con diplomacia y sumo respeto. Además, el juvenil porte de ambos varones los iguala a tal nivel que bien podrían pasar por coetáneos.



[Fig. 6. Francisco Martínez. *Tránsito de San José con donantes*. Museo Nacional del Virreinato, Tepotztlán. 1738.]

José Juárez realiza una pintura semejante. (fig. 7) En aposento de inmensas proporciones -más cercano a un ambiente palaciego que a la disposición de una casa humilde-, activos ángeles llevan alimentos a San José para remedio de sus congojas. Un par de infantiles angelillos leen, mientras el arcángel guerrero se acerca con la vara florida, presto para encaminar al alma josefina hacia el Limbo. Flores desperdigadas por toda la alcoba, significan la sacralidad del recinto -en efecto similar a la acción de sahumar-, y las monumentales virtudes josefinas. Como si estuviera a punto de caer en un pesado sueño, San José se muestra aletargado entrecerrando los párpados; amainando su rubor, pali-deciendo por la vida que se aleja. Sin embargo, de nuevo es un hombre joven quien viajará hacia mejor puerto; más allá, si ignoráramos el contexto recono-